

Edilberto Jiménez

“Antes de tanta matanza, en Tastabamba teníamos más de 88 braceros, y de ellos ahora solo quedan doce, los demás han muerto o se han ido; muchos desaparecieron. Muertos tenemos por todas partes y otros ni siquiera han sido enterrados, murieron como animales. Aquí están enterradas muchas mujeres de Totorá y Putucunay, son como 18 almas. A ellas las habían detenido en algún lugar del cerro Canguelón-Totorá, los sinchis de Pallacas. Las habían traído a Tastabamba, las encerraron en la casa comunal. En la noche abusaron de ellas. Al día siguiente las separan de sus hijos y esos sinvergüenzas las mataron con sus armas a todas.

La esposa del señor Ernesto Cuadros había sobrevivido en medio de los muertos, su esposo la había llevado cargándola todavía con vida hasta su pueblo de Totorá y llegó a sobrevivir cuatro días.

Yo no sé por qué mataron a gente inocente, a señoras analfabetas. Esos sinchis mataron a las señoras y a las criaturas les dijeron que regresen a sus pueblos. Pobres criaturas, dicen que eran más de 9 y se han ido llorando, el mayorcito apenas tenía 8 años, quien cargaba al más chiquito, estas criaturas tenían edades entre 2 y 8 años. Es increíble como mataron a sus madres y dejaron llorando a las criaturas. Al día siguiente, los familiares, cuidándose de los sinchis, llegaron a enterrarlas y hasta ahora siguen aquí dentro de la población y no en el cementerio.

Recuerdo el nombre de algunas finadas, son las señoras: Donatilda Ccaicuri Castro (20 años, natural de Totorá), Enriquina Castro Orihue-la (38, Totorá), Melchora Hermoza Ccorahua (30, Totorá), Candelaria Castro Cuadros (60, Totorá), Benita Huamán Ccorahua (36, Putucunay), Teodosia Huayllas Vargas (40, Totorá), Justina Orihue-la Hosco (60, Totorá), Guillermina Baldeón Cuadros (60, Totorá), Jesusa Cárdenas Lima (28, Totorá), Inés Castro Cuadros (54, Totorá), Donatilda Castro Hosco (28, Putucunay), Mercedes Castro Hosco (40, Totorá), Germán Castro Ccay-curí (68, Totorá), Santiago Ccaycurí Vargas (62, Totorá), Oscar Orihue-la Chacas (14, Totorá).

”

MATARON A LAS MADRES Y DEJARON LLORANDO A LAS CRIATURAS



Obligados por Sendero Luminoso, los comuneros vivían en los montes, desde donde bajaban a sus chacras para trabajar, pero siempre se trasladaban de un lugar a otro para no ser capturados:

“Ya estábamos preparados para retirarnos a otro sitio, pero ese día amanecimos rodeados por los militares y los de Defensa Civil. Los varones escapamos como sea, pero las mujeres no pudieron. Yo logré escapar, pero mi madre y mi hijo no pudieron.

Cogieron en su mayoría a las mujeres y a los niños. A las mujeres las amarraron como animales a dos molles y luego les dispararon.

Al día siguiente vine a ver y los encontré a todos muertos, llenos de sangre y excremento. Tuvimos que enterrar a nuestros familiares sin que nadie nos vea”.

“A nosotros nos llevaron los caminantes (senderistas) a Colcabamba, allí hemos estado todavía con nuestros animales y una mañana llegaron los de Defensa Civil y los militares de Pallccas y nos acorralaron, capturaron más a las mujeres y sus hijos. Yo me escapé ya cuando estaban por agarrarme. He visto cómo se los llevaron a golpes a los capturados a Layampata, estaba allí mi madre Emilia Gonzales y mi hermanita Matha Lima, le hacen entrar a la chacra y las amarraron a dos molles y las abalearon. Ya en la mañana voy a esa chacra, mi mamá y mi hermanita estaban todas con huecos hechos por las balas, sus ropas destrozadas; contamos como 30 personas muertas. A los niños los habían matado dentro de una casa. Desde ese momento hemos sido huérfanos y caminamos ya perseguidos de monte en monte, como animales.

”



LAS MUJERES Y LOS NIÑOS NO PUDIERON ESCAPAR



Los militares y los de Defensa Civil no tenían compasión de nadie. También los senderistas mataban mujeres, niños y ancianos.

Ese día, cuando los militares y los de Defensa agarraron a las mujeres, les quitaron a sus hijos y las encerraron en una casa. Primero mataron a las mujeres y luego a todas las criaturas. Yo mismo encontré a todas las criaturas, asesinadas con cuchillo encerradas en la casa. Todo estaba lleno de sangre y allí encontré a mi hijito que apenas tenía 2 años, parece que le habían ahorcado con una sogá”.

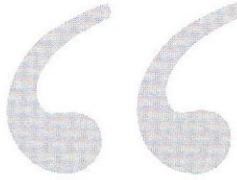


Gilberto Jiménez
Pascual-Pérez
1944

NO TUVIERON **COMPASIÓN**



QUEMARON NUESTRAS CASAS, NUESTROS PRODUCTOS
Y SE LLEVARON NUESTRO GANADO



A Weqwes entraron más de 100 miembros de Sendero a eso de las 4 de la madrugada, cuando todavía estábamos descansando. Los vigías se habían ido a dormir, de eso aprovecharon los senderistas. Rodearon a la población y nosotros no pudimos hacer nada, escapamos a los cerros, a los montes, con nuestros hijos. Entraron grandes y chicos haciendo bulla, gritaban: ‘Viva el Presidente Gonzalo, viva el Partido Comunista del Perú, viva la lucha armada, avancen compañeros, vamos a ganar’, decían.

Prendieron fuego a nuestras casas y quemaron nuestros alimentos y ropas. Mataban a todo el que encontraban, murió la señora Claudia Calderón de 35 años y a su hijo Juan Palomino Calderón de 9 meses, a cuchillazos; al señor Octavio Calderón, de unos 40 años; a Grimaldo Cevallos Castro, de 28 años, con tiro de bala y cuchillazos; la señora Emilia Cervantes Palomino y a su hija Giovana Cervantes Rojas, de 2 años, las asesinaron con cuchillo; al señor Filomeno Cervantes Palomino, de 28 años, y a su esposa Lucía Rojas Ocaña, de 23 años, por querer apagar el fuego que consumía su casa los mataron con cuchillo. Viendo toda esta violencia que nos causaba la muerte nos enfrentamos con piedras, palos y hondas diciendo: no importa, luchando moriremos.

Gracias a una granada que nos dejaron los militares nos defendimos, la lanzamos y los hicimos correr.

Todo lo que encontraban en las casas se llevaron, nuestro ganado también se han llevado y arreando nuestras ovejas, vacas, caballos, todo se han llevado, nosotros no pudimos hacer nada, ellos eran más de 100 y por eso unos quemaban las casas, otros las saqueaban, unos reunían el ganado y los chicos gritaban a su lucha armada.

Nosotros solo éramos unas 50 personas, peleamos desesperados más de cuatro horas, murieron 10 personas, matamos a un senderista y muchos heridos escaparon. No pudimos quitarles nuestro ganado, quemaron nuestras casas, nuestros productos y se llevaron todo.

Estos vinieron de Oronqoy y Chapi; allí eran toditos terroristas”.

Edilberto Jiménez

“Hemos estado más de cuatro años en el monte, ya casi sin ropa. Los de Fuerza Principal ya no traían nada. Cuando alguien estaba pensativo o creían que quería capitular, lo mataban y su ropa te la daban para que la utilices manchada con sangre, eso era un sufrimiento. Comíamos cualquier cosa por hambre.

No teníamos sitios seguros para permanecer, solo trasladándonos de un lugar a otro. No podíamos asearnos, hemos estado apestando, no teníamos jabón ni Ace. Nuestro cuerpo sucio, nuestras ropas sucias estaban apestando”.

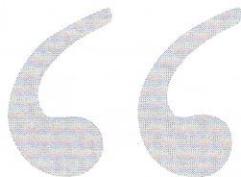
“Nuestros pelos crecían, nos cortaban con cuchillo pues era difícil encontrar tijeras. Nuestro jabón eran los *suyrurus*, fruto de árboles grandes, cenizas, el bulbo de la flor de San José o también moliendo la raíz de la planta taqsana, y con eso lavábamos nuestras ropas, pero no hacían salir la suciedad como el jabón o el Ace. Siempre hemos sufrido de ropa y jabones, por eso los piojos nos llenaban y piojosos estuvimos. Los niños huérfanos eran los más piojosos y por eso a veces hacían hervir en una olla grande la ropa de los huérfanos para que mueran los piojos.

En nuestras cabezas también estaban los piojos negros como de chanchos, porque nuestros cabellos eran grandes y sucios. Las pulgas nos llenaban y teníamos que sacarnos nuestras ropas para matarlas a veces dejábamos solear nuestras frazadas o mantas para que salten con el calor del sol. Al vivir como animales en cuevas, montes, y por dormir juntos como perros o chanchos, nos exterminaban los piojos blancos y negros. En nuestros cuerpos los piojos blancos. Nuestro mal olor se sentía a lo lejos, hemos estado sucios.

”

NOS EXTERMINABAN LOS PIOJOS BLANCOS Y NEGROS





En el monte no teníamos nada, no podíamos sembrar nada, los sinchis y los de Defensa Civil nos buscaban para matarnos. Vivíamos como animales, de grupo en grupo, en nuestros campamentos custodiados por la Fuerza Local.

Sufrimos mucho por alimentos, a veces no teníamos nada para comer porque no podíamos sembrar, si teníamos alguna siembra la destruían o la cosechaban los de Defensa Civil de Mollebamba. Lo poco que obteníamos de nuestras cosechas lo ocultábamos en huecos bajo tierra.

La calabaza era como plantita de Dios. Siempre crecía y siempre estaba con sus frutos. Siempre en lugares de descanso dejábamos las semillas de calabaza y para nuestro retorno ya estaban verdes, eran nuestro alivio. La calabaza nos salvó del hambre, de la sed, la comíamos sin nada, todo crudo como ensalada, a veces hacíamos pachamanca con ella, era tan dulce, asimismo la preparábamos en mazamorra, sus semillitas las tostábamos para canchita, su cascarón nos servía de recipiente, sus hojas y sus flores eran nuestra verdura en la sopa.

Para las fiebres la calabaza era nuestro remedio, la calabaza daba muchos frutos subiendo a los árboles o en zonas pedregosas, no necesitaba cuidados. Asimismo el maíz era como un milagro que nos salvaba del hambre, lo comíamos así, crudo, a veces hacíamos canchita, a veces lo sancochábamos y era nuestro mote o también preparábamos una sopita o mazamorra de maíz molido. Eran nuestro alimento básico, nos hicieron vivir.

Cuando estábamos en peligro comíamos crudo, pues no teníamos que hacer bulla, y por eso comíamos así, crudo, para matar el hambre. A veces comíamos trozos de palos podridos. Las mamás les daban a los niños un poco de barro cuando lloraban por el hambre.

No había sal ni azúcar, teníamos que comer todo sin sal. Estuvimos mucho tiempo, como cuatro años, en un sufrimiento grande durante los años de peligro”.